

Habitar la locura en un mundo locamente normado

Daniela Ruiz Hidalgo³

Desde julio del 2019, mi abuela vive en un hogar especializado en pacientes con demencia. Ella lleva a costas el mal de Alzheimer desde hace ya casi 15 años y, a pesar de estar en la última etapa, ha vivido más que el promedio de personas con diagnósticos similares. Desde que entró a esta casa, nos hemos debatido entre la culpa, la nostalgia, la preocupación, la incertidumbre, pero también la tranquilidad y siempre el inmenso amor; todos estos sentimientos y emociones que, en tiempos de cuarentena, se han intensificado, además con el agravante de llevar ya casi cuatro meses sin verla más allá de unas pocas videollamadas a las que, claramente, a ella le cuesta responder. Estas palabras las uso como contextualización de una situación que encuentro ridícula, aún más que la propia experiencia insólita de estar en una pandemia que nadie, entre las muchas generaciones que habitamos este planeta, habíamos vivido, y es esta situación precisamente lo que me llama a esta reflexión: habitar la locura en un mundo locamente normado.

³ Diseñadora Industrial y Magíster en Sociología. danielaruizhidalgo@gmail.com

Pues bien, a este hogar, por su condición de vulnerabilidad frente a la enfermedad y de institución de salud, le han hecho bastante seguimiento, cosa que en principio nos resulta perfectamente lógico, excepto porque este seguimiento realmente significa cumplir siempre las normas y punto. Y en esas aparece la ridiculez, porque la regla es “todas las personas que allí habitan deben usar tapabocas” y, para la verificación del cumplimiento de dicha instrucción, se debe hacer un registro (videos, fotos y llamadas constantes). Invito a preguntarse cómo es ponerle tapabocas a más de una docena de adultos mayores (mujeres en su mayoría) enfermas de Alzheimer y garantizar que se los dejen puestos; para llegar pronto al punto, la respuesta es: ¡imposible! No hay manera de tener a este grupo de mujeres con el tapabocas puesto todo el día. A eso súmele que hay que lavarles las manos cada tres horas (¡a cada una!) y seguir garantizando los cuidados cotidianos que ya, de por sí solos, implican una demanda de atención casi incomprensible para la gran mayoría de nosotras.

Al haber visto algunas fotos y videos compartidos de estas mujeres, unas bravas por tener el tapabocas, otras que se quedaron dormidas porque hasta sus ojos quedaron cubiertos, otras con el tapabocas en la cabeza y otras muchas realidades del “mal-uso” de este objeto que se nos volvió tan cotidiano, emergen las risas, pero también las preguntas, ¿por qué la regla se impone a la realidad?, ¿no es la pretensión de objetividad que cargan las normas la condición misma de su fracaso? Y, la que más me ha dado vueltas en la cabeza: ¿no será más bien que la rigidez de las normas (formales o no) son las que llevan a que la enfermedad mental,

en sus diversas manifestaciones, adquiriera su condición de “problema” en nuestra amplia sociedad?

Todas estas preguntas se me atorran en la experiencia propia de vivir, desde hace ya varios años, con el clásico combo depresión y ansiedad. En mi más reciente crisis –una de esas en las siento que he perdido el “control”– me di cuenta que el lío no estaba en mi malestar, sino que, por el contrario, ese malestar generado se había producido única y exclusivamente porque un lunes en la mañana, momento en el que debo ser funcional y productiva, no pude serlo; y fue de allí, de esa necesidad absurda de cumplir normas, de donde emerge el desespero, la angustia, la culpa y, finalmente, el descontrol.

Tener depresión ha sido una mierda, pues sí, pero quiero detallar porqué. Mi trastorno lo leí, por mucho tiempo, casi como una condena de la que quisiera liberarme sin importar el cómo. Durante años, creí que la depresión me robaba lo que yo era o que lograba imponerse para definirme; yo misma fui creyendo los señalamientos de la sociedad que condena a la enfermedad mental: perezosa, inestable, agresiva, descuidada, odiosa, entre muchos otros atributos que luché por superar, como si de eso se tratara la “recuperación”. Pero, la verdad, es que la depresión no me ha definido así, la enfermedad mental que hoy abrazo y amo me ha hecho ágil, fluida, apasionada, atenta, empática, sensible y, además (y afortunadamente), me ha permitido reconocer que puedo sentir lo que sea y que eso no me va a definir: y es

que yo no soy por lo que soy en crisis y tampoco soy por lo que soy en la cordura, yo soy una persona compleja que viene y va en la maravillosa experiencia de habitar la locura.

Hoy, retumba en los discursos de salud pública, la pretensión de normalización y atención de las enfermedades y los trastornos mentales que, por su amplia variedad y complejidad, suponen un reto enorme (en verdad imposible) para esta sociedad que procura ser lógica, impoluta y ecuánime. Desde el sentipensar que me ha dado mi propia existencia, otras experiencias compartidas y las varias lecturas del tema, yo prefiero seguir indagando si el problema de salud pública es realmente la locura o, más bien, es la saturación de normas que ni llegamos a dimensionar la que nos sitúa como problemáticos en una inexistente sociedad del deber ser. La realidad es que 24/7 nadie puede funcionar como se espera.